

caballero *servente* en el título, y el triángulo equilátero se establece así poco á poco con satisfacción de todos.

Esta no es la historia de la Italia particularmente; es la historia de todos los países del mundo: solo que en todos los países del mundo se oculta por hipocresía ó por orgullo: en Italia se deja ver por hábito y por indolencia. Pero lo que solo sucede en Italia, por ejemplo, es que esta relación sea el verdadero matrimonio, y que casi siempre la felicidad perdida con el primero es guardada con el segundo. En efecto, relacionados así una vez la dama y su caballero, cuanto más público es este arreglo, más duradero es necesariamente. Ahora no vale más tomar públicamente un amante y conservarlo toda su vida, que cambiar continuamente cada ocho días, todos los meses, todos los años, como está en costumbre en otros países que conozco y que no nombro?

¿Pero qué figura hacen los maridos italianos?

Se responderá con un pequeño diálogo.

—Señor D..., decía el emperador á uno de sus cortesanos; me aseguran que sois cornudo. ¿Por qué no me lo habeis dicho?

—Señor, respondió Mr. D..., porque he creído que eso no interesaba á mi honor ni al de V. M.

Los maridos italianos son del parecer de Mr. D....

Desgraciadamente este arreglo interior, que por mi cuenta hallo que en el momento que conviene á los tres interesados es muy sencillo, muy natural, y aun diría casi moral, no se ejecuta sino á espensas de la hospitalidad. En efecto, se comprende cuán incómodo debe de ser que penetre la mirada investigadora de un extranjero, y sobre todo de un francés, desde el salón á la alcoba, y que con su ligereza y su habitual indiscreción se vaya, apenas ha dejado á Florencia, á dar gracias por la publicidad de la vida privada de las familias, que por la recomendación de un amigo le han acogido como un amigo. El desconocido no habrá, sin embargo, pisado la casa de los que así le han recibido, sino para dejar la turbación en pago de las finezas y atención que les ha merecido. Resulta, si esto es verdad, que el extranjero amablemente acogido en un principio, ó bajo la fé de su nombre solo, ó por una carta que le ha asegurado la introducción, después de la invitación ordinaria á las comidas y á los bailes, permanece durante un año en Florencia extraño para los florentinos. De aquí la ausencia completa de esas buenas y gratas conversaciones á la chimenea, ó después de una noche toda pasada en hablar, el irse ignorando perfectamente lo que ha podido decirse, pero sabiendo por el deseo mismo que tienen en renovarlas á la mañana siguiente, que no se ha fastidiado ni un instante. Pero todavía si esto se quiere, la

culpa no es seguramente de los florentinos, sino de la indiscreción y de la ingratitud francesa.

SANTA MARÍA DE LAS FLORES.

Nuestro primer cuidado al llegar á Florencia había sido entregar en el palacio Corsini, Poniatowski y Martellini las cartas de recomendación que teníamos para sus ilustres dueños. En el mismo día nos enviaron billetes de invitación, ó de soirées, ó de bailes, ó de comidas. El príncipe Corsini, entre otros, nos hizo invitar á ver en el balcón de su casino la carrera de los *Barberi*, y desde los salones de su palacio la iluminación y los conciertos sobre el *Arno*.

En efecto, venían las fiestas de San Juan y sentía bajo la calma florentina la alegre agitación que precede á las grandes solemnidades.

Sin embargo, solo nos quedaban dos ó tres días de intervalo entre el en que estábamos y el en que debían comenzar las fiestas. Resolvimos emplearlos en visitar los principales monumentos de Florencia.

Mis dos primeras visitas al llegar á una ciudad son ordinariamente la catedral y la casa de ayuntamiento. En efecto, toda la historia religiosa y política de un pueblo se halla ordinariamente agrupada en derredor de estos monumentos. Provisto de mi guía de Florencia, de *Vasari* y mis Repúblicas italianas de Sismondi, di la orden á mi cochero de que me llevase al *Domo*. Alteré un poco el orden cronológico siendo la fundación del *Domo* posterior en una docena de años al Palacio viejo; pero era justo que comenzase por el Señor del ciclo antes que por las señorías de la tierra.

Hacia el año de 1294 la república florentina gozaba, gracias á su nueva constitución, de una profunda tranquilidad. Al mismo tiempo que hacia cercar la ciudad con un nuevo recinto, revestir de mármol el baptisterio de San Juan, edificar su Palacio viejo, y levantar la torre de San Miguel, resolvió hacer reedificar con una magnificencia digna de ella, y por consecuencia sobre las más amplias proporciones, la antigua catedral dedicada entonces á San Salvador, después á Santa Reparata. En su consecuencia el ayuntamiento se reunió y dió este decreto:

«En atención á la alta prudencia con que un pueblo de grande origen debe proceder en sus negocios de modo que se reconozca en lo que ha hecho que es poderoso y de espíritu,

mandamos á Arnolfo, maestro y jefe de nuestro comun que haga el modelo y el dibujo de reconstrucción de Santa Reparata con la más alta y más suntuosa magnificencia que pueda, á fin de que esta iglesia sea tan grande y tan hermosa, cuanto puedan edificarla el poder y industria de los hombres: porque ha sido dicho y aconsejado por los más discretos de la ciudad en asambleas públicas y privadas que no emprenda las cosas el comun, sino está acorde en llevarlas al más alto grado de grandeza, como conviene hacer por el resultado de las consideraciones de una reunión de hombres libres movidos por una única y sola voluntad; la grandeza y la gloria de la patria.»

Arnolfo-di-Cape tenía que luchar con un terrible predecesor que había recorrido la Italia dejando por do quiera monumentos espléndidos ó poderosos.

Era Buono, escultor y arquitecto, uno de los primeros cuyo nombre ha sido pronunciado en la historia del arte. En efecto, Buono, desde la mitad del siglo XII había construido en Ravena muchos palacios é iglesias, los que le habían creado una reputación tan grande y tan noble que había sido sucesivamente llamado á Nápoles para levantar allí el palacio la Caponau y el palacio de Oeuf: en Venecia para fundar allí el campanillo de San Marcos: en Pistoia para hacer la iglesia de San Andrés: en Arezzo para construir el palacio de la señoría y en Pisa para fundar á medias con Bonuanno aquella famosa torre inclinada que causa todavía terror y admiración á los viajeros.

Arnolfo no se asustó del paralelo, y á pesar de la envidia natural de la humanidad, que aumenta siempre la reputación de los muertos para rebajar la de los vivos, animado con el triunfo que había conseguido en la ejecución de la iglesia de Santa Cruz que acababa de terminar, se puso atrevidamente á trabajar é hizo un modelo que reunió con tanta uniformidad los detalles, que se decidió que inmediatamente se pusiera en práctica.

En efecto, después del trabajo preparatorio para separar de los cimientos un manantial de agua viva, al que se atribuían los temblores de tierra que habían conmovido muchas veces la antigua basílica, se colocó la primera piedra en 1298 por el cardenal Valeriano, enviado expresamente por el papa Bonifacio VIII, el mismo que entrando en el pontificado como un zorro, debía, dice su biógrafo, mantenerse en él como un león y morir como un perro.

Comenzó, pues, á levantarse la nueva catedral bajo la preciosa invocación de Santa María de las Flores, nombre recibido, dicen unos, en recuerdo del campo de rosas sobre que fué construido Florencia, y otros en honor de las flores de lis, de que se componen sus armas. Asegúrase que entonces, viéndose salir magestuosamente su obra de la tierra y

previendo su futura grandeza, exclamó Arnolfo:

—Yo te he preservado de los temblores de tierra: ¡Dios te preserve del rayo!

El arquitecto lo había calculado todo para la ejecución del Domo, excepto la brevedad de su vida. Dos años después de colocada la primera piedra, murió Arnolfo dejando su construcción, comenzada apenas, en manos del Giotto, que al primitivo dibujo añadió el campanillo.

Pasáronse todavía los años. Tadeo Gaddi sucedió á Giotto, Andrés Organna á Gaddi y Felipe á Andrés Organna, sin que ninguno de estos se hubiese atrevido á comenzar la ejecución de la cúpula. Había ya gastado el monumento cinco arquitectos y todavía estaba sin concluir, cuando en 1417 Felipe Brunaleschi emprendió aquella gigantesca obra, que no había tenido modelo en lo pasado sino en Santa Sofía de Constantinopla, y que no debía tener rival en el porvenir sino en San Pedro de Roma: y la obra salió tan bien de manos del sublime artista que cien años después, Miguel Ángel, llamado á Roma por el papa para suceder á Bramante, dijo al echar su última ojeada sobre la cúpula enfrente de la que había prevenido su sepulcro para verla aun después de muerto:

—Adios: voy á tratar de hacer tu hermana, pero no espero hacer tu rival.

El Domo no quedó terminado. Bacchio de Arnolfo estaba ejecutando su galería exterior cuando una chanzoneta de Miguel Ángel se la hizo abandonar; por último, en el momento de colocar el mármol en la fachada se notó que faltaba dinero al tesoro. Diez y ocho millones había costado la erección del monumento. Interrumpiéronse los trabajos y no fueron continuados después. Únicamente con motivo del matrimonio de Fernando de Médicis con Violante de Baviera, algunos pintores bávaros cubrieron de frescos la fachada blanca y desnuda. Estas son las pinturas cuyos restos, casi enteramente borrados, se ven hoy.

Tal como está el todo sin concluir y como la han dejado las vicisitudes porque pasan los monumentos como los hombres, el Domo, incrustado todo de mármol blanco y negro, con sus ventanas adornadas de columnas en espiral, de pirámides y de estatuas, sus puertas coronadas de esculturas de Juan de Pisa ó de mosaicos de Guirlandajo, es todo una obra maestra que, á ruegos de su primer arquitecto, los temblores de tierra y el rayo han respetado. Su primer aspecto es magnífico, completamente espléndido, y nada es tan hermoso como dar un paseo á la luz de la luna, al rededor del coloso incrustado en medio de su plaza como un gigantesco león.

El interior del Domo no corresponde á lo exterior; empero los recuerdos históricos ennoblecen la pobreza de sus paredes y la desnudez de sus bóvedas.

A derecha é izquierda al entrar, á una altura de veinte pies casi, hay dos monumentos: el uno pintado sobre la pared por Pablo Vecello, y el otro ejecutado en relieve por Jacobo Organna representando los dos mas grandes capitanes que ha tenido á su sueldo la república florentina. El fresco está consagrado á Juan Auen-I, célebre condottiero inglés de nacion que pasó del servicio de Pisa al de Florencia. El bajo relieve representa á Pedro Farnesio, el célebre general florentino que llegado el 29 de marzo de 1565, ganó en el mismo año á los pisanos la célebre batalla de Piero.

Está escogido el momento por la estatuaría en que Pedro Farnesio habiendo sido muerto su caballo, montó sobre un mulo, y con la espada en la mano á la cabeza de sus coraceros, cargó con esta extraña montura.

En cuanto á Juan Auen-I, como pronuncian los italianos, ó Juan Hawkwood, como escriben los ingleses, era como hemos dicho, un célebre condottiero á sueldo del papa: terminado noblemente su compromiso con el Santo Padre, Auen-I halló ventajoso pasar al servicio de la magnífica república, y fué en 1377 el mas firme apoyo de los que habia combatido hasta entonces, á quienes sirvió hasta el 13 de marzo de 1394, es decir, cerca de veinte años.

Durante aquel periodo habia trabajado tanto por el honor y la prosperidad de Florencia, que aunque murió de muerte natural en una posesion que habia comprado cerca de Cortona, la señoría le hizo sepultar en la catedral. Como se deja bien conocer, no era por sus obras de santidad por las que Juan Hawkwood habia merecido semejante monumento. Juan Hawkwood era al contrario poco respetuoso con los religiosos, y ademas trascendia á herege desde una legua. Un día habiendo ido á verte dos frailes legos á su castillo de Monteschio:

—Dios os dé la paz, le dijo uno de los dos frailes.

—El diablo te dé la limosna, respondió Auen-I.

—¿Por qué nos quereis tan mal que nos decís eso? preguntó entonces el pobre lego asustado con semejante respuesta.

—¡Pardiez! respondió Auen-I; ¿no sabéis que yo vivo de la guerra, y que la paz que deseáis me haría morir de hambre?

Otro día habiendo abandonado el saqueo de Faenza á sus gentes, entró en un convento en el momento en que dos de sus mas valientes oficiales, disputándose una pobre religiosa arrodillada á los pies de un crucifijo, acababan de echar mano á la espada para saber á cuál de los dos debía pertenecer. Auen-I trató de convencerlos; sabia bien que era cosa inútil con las gentes con quien tenia que haberse-las. Se fué derecho á la religiosa y la dió de puñaladas. El medio fué eficaz; al aspecto del

cadáver los dos capitanes volvieron á envainar las espadas.

Así, Paolo Vecello, á quien se habia encargado la ejecucion de la pintura, se guardó de poner el simulacro del ilustre muerto en actitud de arrepentimiento ó de oracion: lo colocó buenamente sobre un caballo de batalla, á quien, con gran disgusto de los sabios, hizo levantar á la vez el pie derecho de delante y el pie derecho de detrás. Durante tres siglos y medio disputaron y discurrieron los sabios sobre la imposibilidad de aquel modo de andar, y dijeron que de todo el género animal solo pertenecía á los osos. Solo algunos años despues un miembro del Jokey-Club exclamó viendo el fresco de Paolo:

—¡Toma! este es el paso de andadura.

Esta exclamacion puso á todos los sabios acordes. Algunos pasos mas adelante de Auen-I, hay un retrato del Dante. Este es el único monumento que la república ha consagrado al Homero de la edad media.

No hablemos una palabra de él; tendremos tantas veces ocasion de citarle como poeta ó historiador, que nuestros lectores nos permitirán que les cojamos de las manos y les hagamos dar una vuelta al rededor del coloso.

Nació Dante, como hemos dicho, en 1265 el quinto año de la rebelion gibelina. Era el vástago de una noble familia de quien el mismo ha tenido cuidado de indicarnos la genealogía en el quinto canto de su Paraiso. El tronco de aquel árbol, de quien él fué la rama de oro, era Cacecio Grinda-de-Shel, que habiendo tomado por muger á una jóven de Ferrara de la casa de los Alighieri, añadió á su nombre y á sus armas el nombre y las armas de su muger, y despues fué á morir á Tierra Santa, caballero en la milicia del emperador Conrado.

Jóven todavía, perdió á su padre. Educado por su madre, que se llamaba Vella, fué su educacion la de un cristiano y la de un caballero. Brunetto Catini le enseñó las letras latinas: en cuanto á las letras griegas afortunadamente no estaba muy en moda todavía, sin lo que en lugar de su Divina Comedia Dante hubiera hecho sin duda un poema como la Eneida: en cuanto al nombre de su maestro en la caballería se ha perdido, aunque la batalla de Campoldino ha probado que habia recibido nobles lecciones.

Adolescente, estudió la filosofía en Florencia, Bolonia y Pádua. Hombre, fué á Paris y aprendió allí la teología. Despues volvió á su bella Florencia, donde ya habia nacido la pintura y la estatuaría, y donde le aguardaba la poesía para nacer.

Era presa entonces Florencia de las guerras civiles. La alianza del Dante con una muger de la familia de los Donati, le arrojó en el partido güelfo. Dante era uno de aquellos hombres que se lanzan en alma y cuerpo en un partido; así le vemos en la batalla de Cam-

poldino cargar á caballo á los gibelinos de Arezzo, y en la guerra contra los pisanos montar el primero en la brecha del castillo de Caprona.

Despues de esta victoria obtuvo las primeras dignidades de la república: catorce veces fué nombrado embajador; catorce veces llevó á cabo la mision que se le habia confiado. En el momento de ir á una de las embajadas, fué cuando abarcando con su mirada los sucesos y los hombres, y encontrando los unos gigantes y pequeños los otros, dejó caer estas desdeñosas palabras:

—Si me quedo ¿quién irá? Si me voy ¿quién quedará?

Una tierra trabajada por las discordias civiles, está pronta para hacer germinar semejante simiente: su compañera es la envidia, su fruto el destierro.

Acusado el Dante de concusion, fué condenado en 27 de enero de 1302, por sentencia del conde Gebril Quebbio, podestá de Florencia, á ocho mil libras de multa, dos años de proscricion, y en el caso de insolvencia de la multa, á la confiscacion y venta de sus bienes, y á destierro perpétuo.

No quiso Dante reconocer el crimen reconociendo la sentencia: abandonó sus empleos, su casa, sus tierras, y salió de Florencia, llevando por toda riqueza la espada con que habia combatido en Campoldino y la pluma con que habia escrito las setecientas diez y siete estrofas del *Infierno*. Tal vez este es el momento que eligió el pintor, porque se ve detrás del desterrado á Florencia, y al lado del poeta una representación de las treinta y seis de la *Divina Comedia*.

Entonces fueron confiscados sus bienes y vendidos para el Estado. Pasaron el arado en el punto donde habia existido su casa, y lo sembraron de sal: en fin, condenado á muerte por contumacia, fué quemado en efigie en la misma plaza donde dos siglos mas tarde debia de serlo el pintor Savonarola.

El amor á la caballería, el valor en el combate, el ardor por la gloria, habian hecho del Dante un valiente guerrero: la habilidad en la intriga, la perseverancia en la política, habian hecho del Dante un gran hombre de Estado. El desden, la desgracia y la venganza, hicieron de él un poeta sublime. Privado de esa actividad mundana de que tenia necesidad, su alma se lanzó á la contemplacion de las cosas divinas, y mientras su cuerpo permanecía encadenado sobre la tierra, su espíritu visitaba el triple reino de los muertos, y poblaba el infierno de sus odios, y el paraiso con su amor. La *Divina Comedia* es la obra de la venganza: Dante cortó su pluma con su espada.

El primer asilo que se ofreció al fugitivo, fué el castillo de aquel gran gibelino Cane della Scala. Así desde los primeros cantos del *Infierno*, se apresura el poeta á pagar la deu-

da de su gratitud, que espresa todavía en el canto XVIII del Paraiso:

..... In fin che'l veltro
Verco, che la farà morir di doglia,
Questi non ciberá terra né petro:
Ma sapienza, é amore, é virtuti,
E sua nazione sara tra feltro.

(*Inf.*, cant. I.)

Lo primo tuo rifugio é'l primo ostello
Sara la cortesia del grand Lombardo
Che su la Scala porta il Santo Ucello.

(*Par.*, cant. XVIII.)

Encontró la corte de aquel Augusto de la edad media, poblada de proscritos: uno de ellos, Sagacio Mutio Ganeta, historiador de Reggio, nos ha dejado preciosos detalles sobre el modo con que el señor Della Scala daba la hospitalidad á los que venian á pedir un asilo á su castillo feudal. «Tenia, dice, diferentes cuartos segun sus diversas condiciones, y en todos daba el señor, criado y espléndida mesa; los diversos cuartos estaban señalados por divisas y simbolos cristianos: la Victoria para los guerreros, la Esperanza para los proscritos, las Musas para los poetas, Mercurio para la riqueza, la Pureza para las gentes de iglesia, y durante la comida, bufones, músicos y juglares, recorrian los cuartos. Las habitaciones estaban pintadas por Giotto, y los asuntos que habia en las pinturas, eran relativos á las vicisitudes de la fortuna humana. De tiempo en tiempo el señor castellano, llamaba á su propia mesa á alguno de sus huéspedes, y sobre todo á Dido de Casteló, á Reggio, y á Dante Alighieri, hombre muy ilustre entonces, y á quien veneraban por el siglo XIII.»

Empero, por honrado que fuese el proscrito, no podia doblegar su altivez á aquella vida, y profundas quejas salian muchas veces de su pecho. Tan pronto es Farinata de los Huberti quien con su voz altiva le dice: «la reina de estos lugares no iluminará cincuenta veces su nocturno rostro sin que sepan por tí mismo cuán difícil es el arte de entrar en su patria.»

Tan pronto es su abuelo Caccio Güide que lamentando las penas de su aislamiento, exclama: «Así como Hipólito salió de Atenas arrojado por una pérfida é implia madrastra, así me será preciso abandonar las cosas mas queridas, y ésta será la primera flecha que partirá del arco de destierro; entonces comprendereis la amargura que encierra el pan de la emigracion, y cuán dura de subir y bajar es la escalera agena. Pero el peso mas insoponible para sus espaldas, será esa mala y dividida corte, en compañía de la que caereis en el abismo.»

Estos versos se ve que están escritos con las lágrimas de los ojos, con la sangre del corazón.

Sin embargo, por amargo dolor que sufriese el poeta, rehusó volver á su patria, porque no volvería á ella por el camino del honor. En 1315 una ley volvió á llamar los proscritos, con condicion de que pagarian cierta multa. Dante, cuyos bienes habian sido vendidos, cuya casa habia sido arrasada, no pudo reunir la suma necesaria. Ofrecieronle esceptuarle á él, pero con condicion de que se constituyese prisionero, y que fuese á pedir su perdon á la puerta de la catedral, con los pies descalzos, vestido con la túnica de penitente, y ceñida su cintura con una cuerda. Un religioso amigo suyo, le transmitió la proposicion. Esta fué la respuesta del Dante: «Con honor y con placer he recibido vuestra carta, y despues de haber pesado todas sus palabras, he comprendido con gratitud cuán de corazon deseais mi vuelta á la patria. Esta prueba de vuestro recuerdo me hace quereiros mas, porque es poco comun para los desterrados encontrar amigos. Si mi respuesta no fuese tal cual la hará la pusilanimidad de algunos, yo la someto al examen de vuestra prudencia. Esto es lo que yo he sabido, por una carta de vuestro soberano, que no es mio, y de algunos de mis amigos; por una ley recientemente publicada en Florencia sobre alzar el destierro á los espulsados de ella, parece que si quiero dar una suma de dinero, y hacer una retractacion, podré ser absuelto, y volver á Florencia. En esta ley, padre mio, preciso es confesarlo, hay dos cosas ridículas y mal escogidas. Digo mal escogidas por los que han hecho la ley, porque nuestra carta, mas prudentemente discreta, no contiene nada de estas cosas.

«¿Es esta la generosa manera con que Dante Alighieri debe volver á su patria despues de un destierro de quince años? ¿Es esta la reparacion acordada á una inocencia manifiesta á todo el mundo? Mis muchos sudores, mis grandes afanes, ¿no tendrán otra recompensa? ¡Lejos de un filósofo semejante vileza digna de un corazon mezquino! ¡Gracias por el espectáculo que quieren que presente al pueblo, cuando lo haria solo algun miserable medio sábio sin alma y sin fama! Que ¿yo... destituido de honor, habia de ir á hacerme tributario de los que me ofenden, cual si hubiesen merecido mi agradecimiento? No es ese el camino de la patria, padre. Pero si hay algun otro que me esté abierto, y que no me prive de la fama del Dante, lo acepto, indicádmelo, y estad seguro que serán rápidos los pasos que dé por aproximarme á Florencia; pero para no entrar en Florencia por el camino del honor, mas vale no entrar. El sol y las estrellas se ven en todas partes, y en todas partes se pueden meditar las verdades del cielo.»

Dante proscrito por los güelfos se habia hecho gibelino, y fué tan ardiente en la nueva religion, como leal habia sido en la anti-

guna. Creia sin duda que la influencia imperial era el único medio de la grandeza para la Italia, y sin embargo, Pisa habia edificado bajo sus ojos su Campo Santo, su Domo y su torre inclinada. Arnolfo di Lapo habia echado en la plaza del Domo los cimientos de Santa Maria de las Flores: Siena habia levantado su catedral con su campanario encarnado y rojo, y habia allí guardado como una halaja en su estuche, la catedral esculpida por Nicolás de Pisa; porque tal vez tambien el carácter aventurero de los caballeros de San Atilano le parecia mas político que la habilidad comerciante de la aristocracia genovesa y veneciana, y el fin del emperador Augusto le agradaria mas, que la mision de Bonifacio XIII.

Cansado de la vida que llevaba en casa de Cana Della Scala, en donde la amistad del señor no siempre protegía contra la insolencia de sus cortesanos y las burlas de sus bufones, el poeta volvió á tomar la vida errante. Habia concluido su poema del Infierno en Verona, escribió el Purgatorio en Cagnano, y terminó su trabajo en el castillo de Tolmino en Frioul por el Paraiso. De allí fué á Pádua, donde pasó algun tiempo en casa del Giotto su amigo, á quien por reconocimiento dió la corona de Cimabue. Por último fué á Ravena. En esta ciudad publicó su poema entero. Dos mil copias se hicieron con la pluma, y se enviaron por toda la Italia. Todos alzaron entonces los ojos asombrados hácia aquel nuevo astro que acababa de iluminarse en el cielo. Dudaron que un hombre viviendo aun, hubiese podido escribir semejante cosa, y mas de una vez sucedió cuando el Dante se paseaba lentamente por las calles de Ravena y de Rimini con su larga toga encarnada, y su corona de laurel sobre la cabeza, que asustadas las madres le enseñaban con el dedo á sus hijos diciéndoles: ¿veis ese hombre? pues ha bajado al infierno....

En efecto, Dante debia aparecer un hombre extraño y casi sobrenatural. Y para comprender bien bajo qué aspecto debia aparecer á sus contemporáneos, es preciso que echemos una breve ojeada sobre la Europa del siglo XIII, y ver lo que sería cien años despues. Se conocerá entonces que tocando aquella época á la edad del feudalismo preparado por una guerra de ocho siglos, comenzaba á entreverse parte de la civilizacion. El mundo pagano é imperial de Augusto se habia hundido con Carlo Magno en Occidente y Alexis Angel en Oriente: el mundo cristiano y feudal le habia sucedido desde el mar de Bretaña al mar Negro, y la edad media religiosa y política, personificada ya en Gregorio VII y en Luis XI, solo aguardaba para completar aquella magnífica trinidad, su representante literario.

Hay momentos en que las ideas bajan, buscan su cuerpo para formar un hombre, y

flotan sobre las sociedades como las nieblas en la superficie de la tierra. Mientras el viento las arroja sobre el espejo de los lagos ó sobre el tapiz de las praderas, no es mas que un vapor sin forma, sin consistencia, y sin color. Pero si encuentran un gran monte, si se agarran á su cima, el vapor se convierte en nube, la nube en torrente, y mientras la frente de la montaña ciñe su aureola de relámpagos, el agua se filtra misteriosamente y reune en su cavidad profunda, y salen á sus pies mareas de agua, rio inmenso que atraviesa exajerándose siempre, la tierra ó la sociedad, y que se llama Nilo ó Hlada, Danubio ó Divina Comedia.

Tuvo el Dante como Homero la suerte de nacer en una época en que una sociedad virgen busca un géneo que formule sus primeros pensamientos. Apareció solo en el mundo en el momento en que San Luis llamaba á la puerta del cielo. Detrás de él todo estaba arruinado; ante él todo era porvenir. Pero en lo presente no tenia ni aun esperanza.

Invasada la Inglaterra hacia doscientos años por los normandos, iba verificándose su trasformacion política. Hacia mucho tiempo que no habia ya combates reales entre los vencidos y los vencedores: pero habia si siempre una lucha sorda entre los intereses del pueblo conquistado y los del pueblo conquistador. En este periodo de dos siglos todos los hombres grandes que habia en Inglaterra habian nacido con una espada en la mano, y si algun antiguo bardo llevaba aun un harpa colgada á su espalda, no se hallaba seguro sino al abrigo de los castillos sajones. En un lenguaje desconocido á los vencedores, y casi olvidado de los vencidos, se atrevian á celebrar los beneficios del buen rey Alfredo, ó memorias de las armas de Arnolfo, hijo de Godwino. Las relaciones forzadas que se habian establecido entre los indigenas y los extranjeros, comenzaban á hacer nacer una lengua nueva, que no era ni la normanda ni la sajona, sino un informe y bastardo conjunto de las dos, que cien años mas tarde, solamente Tomás Moro, Stal y Spenser debian regularizar con Sacksepeare.

La España, hija de la Fenicia, hermana de Cartago, esclava de Roma, conquistada por los godos, entregada á los árabes por la traicion del conde don Julian, unida al trono de Damasco por Tarif, despues separada del califato de Oriente por Abderraman de la tribu de los Omniadas; la España mahometana desde el estrecho de Gibraltar á los Pirineos, habia escedido á la civilizacion trasportada por Constantino desde Roma á Bizancio. Espigado el fruto en un lado del Mediterráneo, habia vuelto á granarse en el otro. Mientras que se venian abajo en la orilla izquierda el Partenon y el Coliseo se veia alzar-se sobre la orilla derecha á Córdoba con sus seis mil mezquitas, sus novecientos baños públicos, sus doscientas

mil casas, y su palacio de Zahara, cuyos muros, cuyas paredes y escaleras incrustadas de acero y oro, estaban sostenidos por mil columnas de los mas hermosos mármoles de Venecia, de Africa y de Italia.

Mientras que la sangre infiel y estrangera se infiltraba en sus venas, la España no habia cesado de palpar en su corazon nacional y cristiano. Pelayo, que no tuvo al principio por imperio mas que un monte, por palacio una caverna, por cetro una espada, habia echado en medio del califato de Abderraman los cimientos del reino de Carlos V. Comenzada la lucha en 717, habia continuado durante cinco siglos, y cuando al principio del siglo XIII Fernando regnó sobre su cabeza las dos coronas de Leon y Castilla, los musulmanes á su vez no poseian en España mas que el reino de Granada con una parte de la Andalucía, y las provincias de Valencia y Murcia. En 1236 hizo su entrada Fernando en Córdoba, y despues de haber purificado la principal mezquita, el rey de Castilla y de Leon fué á descansar de sus victorias en el magnifico palacio de Abderraman III, edificado por este para su favorita.

Entre otras maravillas encontró en la capital del califato una biblioteca que contenia seiscientos mil volúmenes. Lo que ha sido de este tesoro del talento humano nadie lo sabe. Su origen, religion, costumbres, todo era diverso entre los vencedores y los vencidos. No hablaban el mismo language ni á los hombres ni á Dios. Los musulmanes se llevaron consigo la llave que abría la puerta de los palacios encantados, y el árbol de la poesia árabe arrancado de la tierra de Andalucía, no florecía ya mas si no en los jardines del Generalife y de la Alhambra. En cuanto á la poesia nacional, cuyo primer canto debió haber sido en alabanza del cielo, aun no habia nacido.

La Francia enteramente germánica bajo sus dos primeras razas, se habia nacionalizado bajo la tercera. El sistema feudal de Hugo Capeto habia sucedido al imperio unitario de Carlo Magno. El idioma que debia escribir Corneille, y hablar Bossuet, mezcla de céltico, de teuton, de latin y de árabe, se habia dividido naturalmente en dos idiomas, y fijado en las dos orillas del Loira. Pero como las revoluciones del suelo habian experimentado la influencia bienhechora y activa del sol meridional, tanto que la lengua de los trovadores habia llegado á la perfeccion y apogeo, cuando la de los menestrales, retrasados como los frutos de la tierra del norte, tenian necesidad de otros cinco siglos para llegar á la madurez, así la poesia representaba un gran papel en el sur de Loira. Ni un rencor, ni un amor, ni una paz, ni una guerra, ni una sumision, ni una rebelion ha habido, que no haya sido cantada en verso. Ciudadano ó soldado, villano ó baron, noble ó rey, todo el

mundo hablaba y escribía esta clase de lengua. Uno de los que le han dado mas tierno y varonil acento, ha sido Bertran de Poru, el *mal consejero* que encontró Dante en los fosos malditos, llevando su cabeza en la mano, y que le halló con aquella cabeza.

Habia llegado, pues, la poesía provenzal á su apogeo, cuando Carlos de Anjou á la vuelta de Egipto, donde habia acompañado á su hermano Luis IX, se apoderó con el auxilio de Alfonso, conde de Tolosa, de Poitiers y de Avignon, de Arlés y de Marsella. Reunió esta conquista al reino de Francia todas las provincias de la antigua Galia situadas á la derecha é izquierda del Ródano. La antigua civilización romana dividida en el siglo XII por la conquista de las ciencias, fué herida en el corazón, porque se hallaba renida á la barbarie septentrional que debia oprimirle con un brazo de hierro. Aquel hombre que en su orgullo tenían costumbre de llamar los provenzales rey de Paris, á su vez en su desden llamó á sus vasallos de la lengua d' Oc, y para distinguirlos de los antiguos franceses de mas allá del Loira que hablan la lengua comun. Desde entonces el idioma poético del mediodía, se estinguió en Languedoc, en Poitou, en el Limousin, en Auvernia y en Provenza, y la última tentativa que se hizo para volverle la vida es la institución de los *Juegos florales*, establecida en Tolosa en 1323.

Con ellos perecieron todas las obras producidas desde el siglo X hasta el XIII, y el campo en que habian recogido abundante mies Arnoldo y Bertran de Poru, quedó agostado y erial hasta el momento en que Marot y Rousan volvieron á echar á manos llenas el cimiento de la poesía moderna.

La Alemania, cuya política é influencia se estendia sobre toda Europa casi al igual de la influencia religiosa de Roma, preocupada con aquellos grandes sucesos, dejaba modelar descuidadamente su literatura sobre la de los pueblos inmediatos. En ella se habia refundido toda la vitalidad artística en aquellas catedrales maravillosas que datan de los siglos XI y XII. El monasterio de Bonn, la iglesia de Andernach, y la catedral de Colonia, se alzaban al mismo tiempo que el Domo de Siena, el campo Santo de Pisa, y el domo de Santa Maria de las Flores. El principio del siglo VII habia visto tambien nacer los Niebelungen, y morir á Alberto el Grande.

Empero los poemas de caballeria mas á la moda, eran criticados por provenzales ó por franceses, y eran mas bien los discipulos que los rivales de los menestrales y trovadores. El mismo Federico, ese poeta imperial, renunciando aunque hijo de Alemania á formular su pensamiento en la lengua materna, habia adoptado la italiana como la mas clara y pura que se conocia, con Pedro de Allevigne, su secretario, contado en el número de los mas gratiosos poetas del siglo XIII.

En cuanto á la Italia, hemos asistido mas arriba á sus glorias poéticas. Hemos visto desprenderse sus ciudades una á una del imperio: sabemos con qué motivo sacaron los dos partidos güelfo y gibelino la espada en las calles de Florencia. Por último, hemos dicho como güelfo por nacimiento Dante, fué gibelino con resolución de poeta, por vengarse. Así, cuando hubo fijado en su mente la obra de su venganza, fué su primer pensamiento, mirando en torno de sí, buscar en qué idioma la formularia para hacerle eterno. Comprendió que el latin era una lengua muerta como la sociedad que le habia dado nacimiento: el provenzal una lengua moribunda que no sobreviviria á la nacionalidad del idioma: el francés una lengua naciente y que apenas tartamudeaba, que necesitaba de muchos siglos todavía para llegar á su madurez: en tanto que el italiano, bastardo, vavaz y popular, nacido de la civilización y amamantado por la barbarie, no tenia necesidad mas que de ser reconocido por rey, para llevar un dia la corona.

Desde entonces quedó determinada su elección, y separándose de las huellas de su maestro Bruneto Latini, que habia escrito su Tesoro en latin, se puso, sublime arquitecto, á tallar él mismo las piedras con que queria edificar el monumento gigantesco, al que forzó le ayudasen el cielo y la tierra.

Efectivamente, todo lo abarca la *Divina Comedia*: es el resumen de las ciencias descubiertas, y el sueño de las cosas desconocidas. Cuando falta la tierra á los pies del hombre, lo levantan al cielo las alas del poeta, y no se sabe al leer aquel maravilloso poema si admirar mas lo que sabe el talento, ó lo que adivina la imaginación. Dante es la edad media hecha poeta, como Gregorio VII era la edad media hecha papa, como San Luis era la edad media hecha rey. Todo está en él: creencias supersticiosas, teologismo, republicanismofeudal. No puede concebirse la Italia literaria del siglo XIII, sin el Dante, como no se comprende la Francia del XIX sin Napoleon. La *Divina Comedia* es como la columna de la plaza Vandome, la obra necesaria de su época.

Murió Dante en Ravena el 14 de setiembre de 1334, á la edad de cincuenta y seis años. Güido de Potola que le habia ofrecido un asilo, le hizo sepultar en la iglesia de los frailes menores, con gran pompa y vestido de poeta. Allí permanecieron sus huesos hasta 1484, época en la que Bernardo Bembo, podestá de Ravena por la república de Venecia, le hizo levantar un mausoleo segun los dibujos de Pedro Lombardo. En la bóveda de la cúpula hay cuatro medallones representando á Virgilio su guia, Bruneto su maestro, Tangrando su protector y Güido Cavalcanti su amigo.

Dante era de mediana estatura y airoso en sus miembros; tenia la cara larga, ojos anchos y penetrantes, nariz aguileña, fuertes

quijadas, el labio inferior bastante pronunciado y mas grueso que el otro, color moreno, barba y cabellos crespos. Andaba ordinariamente grave y pausado, vestido de trage sencillo, hablando pocas veces y aguardando siempre á que le preguntasen para responder. Entonces su respuesta era justa y concisa, porque tomaba tiempo para pensarla con prudencia. Sin tener una locucion fácil, era elocuente en las grandes circunstancias. A medida que envejecia se felicitaba de ser solitario y verse distante del mundo. El hábito de la contemplación le hizo tomar un continente austero, aunque fué siempre hombre de impresiones y escelente corazón. Dió una prueba de esto cuando para salvar á un niño que habia caído en uno de los pocitos donde se sumergia á los recién nacidos, rompió la pila bautismal de San Juan, no cuidándose de que le acusasen de impiedad.

Dante habia tenido á la edad de nueve años uno de esos amores que derraman sus encantos sobre toda la vida. Beatriz de Folto Portinari, en quien cada vez que la veia hallaba una nueva belleza, pasó una tarde delante de aquel niño de corazón de poeta, que conservó grabada su imagen, y que la inmortalizó cuando se hizo hombre.

*Io non vidi tanta volte ancora
ch' u non trovani in lei nuova bellezza.*

A la edad de veinte y seis años aquel ángel prestado á la tierra tornó al cielo á tomar sus alas y su aureola, y Dante la encontró á la puerta del paraíso donde no podia entrar Virgilio.

Florencia, injusta con el vivo, fué respetuosa con el muerto, é intentó recobrar los restos del que habia proserito. En 1396 le decretó un monumento público, y en 1429 renovó sus instancias con los magistrados de Ravena; por último, en 1519 dirigió una petición á Leon X, y entre las firmas de los peticionarios se lee este párrafo:

«Yo, Miguel Angel, escultor, suplico á vuestra santidad por la misma causa, ofreciéndome á hacer al divino poeta una escultura correspondiente, en buen lugar, honroso á esta ciudad.»

Leon lo rehusó; hubiera, sin embargo, sido una cosa magnífica el sepulcro del autor de la *Divina Comedia* por el pintor del *Juicio final*. El único monumento que poseyó Florencia hasta el momento en que el decreto dado en 1396 se cumplió en nuestros dias en la iglesia de Santa Cruz á costa de una sociedad por el escultor Esteban Rizzi, fué el retrato del Dante, ante el cual acabamos de dar una ojeada á toda la vida del gran poeta, el que fué, dice un manuscrito de Bartolomé Cefoni, ejecutado al fresco por un autor desconocido á petición de un cierto maestro Antonio, fraile de San Francisco, el que esplicaba la *Divi-*

na Comedia, á fin de que la obra del ilustre desterrado recordase sin cesar á sus conciudadanos que el autor de la *Divina Comedia* descansaba en una tierra extranjera.

Existen todavía en Florencia descendientes del Dante. Algunos dias despues de la visita que habia hecho al retrato de su antepasado me presentaron á ellos: los encontré muy degenerados.

Al lado de aquel gran recuerdo literario, el Domo conserva un terrible recuerdo politico. En el coro, en el sitio mismo en que se halla rodeado de una balastrada de mármol, se verificó la conspiración de los Pazzi, y fué asesinado Julian de Médicis. Echemos una ojeada atrás, á fin de dar á conocer á nuestros lectores las causas del odio que los Pazzi habian profesado á los Médicis; verán así, por el cuidado que tenemos de darles á conocer el estado politico de Florencia, lo que habia de egoismo ó desinterés en tan gran maquinación.

En 1294, cansado el pueblo de las disensiones obstinadas de la nobleza, de su eterna negativa á someterse á los tribunales democráticos y de las diarias violencias, con las que impedía la acción del gobierno popular, habia dado una ordenanza bajo el nombre de *Ordinamenti della giustizia*. Escluia esta ordenanza del priorato treinta y siete familias de las mas nobles y mas considerables de Florencia, y esto sin que jamás les fuese permitido, decia la ordenanza, volver á recobrar los derechos de ciudadano, sea alistándose en un gremio, sea que ejerciesen realmente una profesion. Además, la señoría quedó autorizada para añadir nuevos nombres á estos treinta y siete, cuantas veces creyese deber que alguna nueva familia, decia aun la ordenanza, caminando en pos de la nobleza, mereciese ser castigada como ella. Los miembros de las treinta y siete familias proscritas fueron designados bajo el nombre de *magnates*, titulo que de honorífico que habia sido hasta entonces, se convirtió en infamante.

Habia durado esta proserción ciento cuarenta y tres años, cuando Cosme el Antiguo, de quien hablaremos á su vez en la historia escrita sobre los muros del palacio Ricarddi, de proserito que era se convirtió en proseritor, y habiendo á su vez en 1434 arrojado de Florencia á Renaud y los Albizzi de la nobleza popular, que con él gobernaban, resolvió reforzar su partido con alguna de las familias escluidas del gobierno, permitiendo á muchas de ellas volver á entrar en el derecho comun, y tomar, como lo habian hecho en otro tiempo sus abuelos, una parte activa en la gestión de los negocios públicos. Muchas familias aceptaron esta rehabilitación, volviendo con los brazos abiertos á su patria, sin conocer el motivo personal que á ella les traía: la familia de los Pazzi fué de este número. Hizo mas: olvidando que era de la nobleza de espada, adoptó francamente su nueva posición, y